

Miércoles, 4 de enero de 2017
“La destrucción de las obras del Diablo”

1 Jn 3, 7-10

Hijos míos, que nadie os engañe. Quien obra la justicia es justo, como él es justo. Quien comete el pecado es del Diablo, pues el Diablo peca desde el principio. El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del Diablo. Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado porque su germen permanece en él; y no puede pecar porque ha nacido de Dios. En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del Diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano.

Algo que caracteriza a San Juan es el lenguaje claro que utiliza. Hace afirmaciones tan contundentes que hoy nos resultaría difícil repetir las al pie de la letra; pues tendemos más bien a hacer distinciones. Por supuesto que no está mal hacer distinciones, pues esto no implica debilitar la afirmación en su núcleo.

Hoy se nos dice claramente: quien comete pecado es del Diablo y Jesús vino para destruir las obras del Diablo.

Ya en la meditación de ayer hemos mencionado que si consideramos la gravedad del pecado, si nos liberamos de él o, por decirlo mejor, nos dejamos liberar por el Hijo de Dios, entonces el Espíritu Santo nos impregnará cada vez más. Y podemos esperar que esto halle su plenitud en la eternidad.

De hecho el pecado, al que fuimos inducidos por el Diablo, fue una verdadera seducción para el hombre. El Diablo nos tentó en el punto en que él mismo fue tentado: querer ser como Dios.

Esto es lo propio del pecado en su esencia. Como ya mencioné ayer, el pecado es una rebelión contra Dios, es querer ir más allá de aquello que Dios en su sabiduría dispuso para nosotros. El pecado original nos ha sido descrito claramente en el Génesis: se trata de un pecado de orgullo.

El Diablo intenta implicarnos en su propia rebelión contra Dios, para que ésta se haga cada vez más fuerte. Él quiere que pequemos, pues por medio del pecado él puede ejercer su influencia sobre nosotros. También busca así indirectamente causar sufrimiento a Dios, pues Dios sufre por la persona que peca.

Dios sufre por el amor que nos tiene, pues el pecado nos aleja de Él, no nos permite recibir la plenitud de su amor. Así, Dios sufre como un Padre amoroso que no puede entregar todo su corazón a su criatura, a su hijo, a su hija, porque no encuentra la disponibilidad para recibir este don.

Por el pecado el hombre permanece encerrado en sí mismo y bajo la influencia del Diablo. Él desfigura la verdadera imagen de Dios y hace todo cuanto puede para que no nos encontremos con Dios como con un Padre amoroso; más bien nos lo muestra como un dictador autoritario, como alguien que nos envidia o que no nos permite nada, alguien que no quiere nuestra verdadera felicidad. Él nos presenta un Dios que nos quiere privar de las cosas más bellas y agradables de la vida.

Es terrible e injustificada esta imagen de Dios que el Diablo quiere crear en nosotros. Quiere que el hombre permanezca en este engaño y que nunca conozca a Dios como Él verdaderamente es.

Si aprendemos a escuchar a Jesús y aceptamos su ofrecimiento de perdonar nuestros pecados, entonces el espíritu del mal ya no puede dominarnos como lo hacía antes. Aprendemos entonces a refrenar nuestras pasiones destructivas, que frecuentemente se hallaban bajo el influjo del espíritu del mal. El Espíritu Santo nos ayuda a desprendernos de falsos pensamientos, a liberarnos de errores, de odios y de envidias, y a superar otras cosas terribles que se hallan en nuestro corazón.

Jesús vence la influencia que el Diablo tiene sobre nosotros y hace que su Espíritu obre en nuestro interior. Este Espíritu nos lleva a aspirar las virtudes; a evitar cuidadosamente los vicios y los pecados, e incluso detestarlos; a reconocer cada vez con mayor claridad las obras del Diablo y rechazarlas; a buscar la cercanía y la voluntad de Dios.

De muchas maneras Dios viene en nuestro auxilio: nos instruye con su Palabra y por medio del auténtico Magisterio de la Iglesia, nos ofrece los sacramentos y en todo nos ayuda. El Espíritu Santo obra cada vez más intensamente en nosotros, en

la medida en que lo escuchamos y seguimos sus directrices. Nos inserta más profundamente en la oración y en el verdadero amor al prójimo, nos permite reconocer los enredos en que se hallan las otras personas, a quienes amamos y reconocemos cada vez más como nuestros hermanos. ¡Él nos invita a practicar las obras de la Misericordia!

Tenemos que saber que es largo el camino que tenemos por delante. El pecado nos ha marcado profundamente. Es cierto que no logró destruirlo todo, pero sí ha influido terriblemente en la vida del hombre. Su voluntad fue debilitada y su entendimiento oscurecido y, como consecuencia del pecado original, perdimos la sobrenatural visión de Dios. ¡Qué gran pérdida!

Pero Dios se apiadó de nosotros y quiso edificar en nosotros y para todos su Reino, como rezamos diariamente en el Padrenuestro. Cuanto más alumbra su luz, más retroceden las tinieblas.

El texto bíblico de hoy nos insiste en el amor fraterno y nos llama a la justicia, pues en ella también se refleja la presencia de Dios. El Diablo, en cambio, actúa injustamente en relación con Dios y con el hombre. Él envidia al hombre a causa de la gracia que Dios le ha conferido y nos persigue en su odio.

Pero Jesús triunfó sobre los poderes del mal y nos llamó a ser sus hermanos. Ahora la semilla de Dios está profundamente sembrada en nosotros por su Espíritu que se nos dio. Y este Espíritu no puede pecar, porque Él mismo es Dios. Si permanecemos en Él o retornamos a Él después de cada error, lograremos con su Misericordia y el poder de su gracia abandonar del todo las obras del Diablo y crecer cada vez más en el amor a Dios y a los hombres.